

# HUIR DE PALERMO



DEPRISA. ANTES DE QUE REACCIONEN. Pues enseguida saldrán los perros a buscar su rastro, los cazarrecompensas, los criados, los pelanas, los lameculos, los deportistas —lo maté a cien metros, de un solo tiro, colega—, los psicópatas, los hermanos y hermanas del gran hombre, sus primos, tíos lejanos de los que nunca se supo, sentirán la llamada de la sangre. Deprisa. No hay nada que empacar. ¿Qué se va a llevar consigo? A lo sumo recuerdos, y ni siquiera eso quisiera llevarse. Lo empujan de aquí para allá, por corredores interminables, mirando hacia todos lados, atemorizados émulos de Argos, la mano casi perpetuamente cerca del arma; hay que estar alerta: de cualquier sitio saldrá el disparo.

La calle, el aire libre. Las miradas de los curiosos. ¿Es él? Es él, el traidor. O el héroe, según. Ululan las sirenas. Más empujones, más pasillos. El avión acelera y vibra y se agita, parece incapaz de escapar de la isla, no poder con el peso del traidor. Del traidor, pegado a su asiento, con los ojos cerrados. Vive casi sin abrirlos; el miedo lo atenaza, no quiere ver venir el golpe;

respira con dificultad la primera vez que monta en avión, atiborrado de Valium y con el inhalador continuamente en la mano, como si la vida viniese de ese breve recipiente, sólo allí, aire carente de amenazas. La primera vez en avión, y espera que la última, porque está a punto de ponerse a dar voces, a implorar que le dejen bajarse, que le falta el aire, que se ahoga.

Deprisa. Esta vez no lo aguarda un gran automóvil negro de vidrios tintados, sino uno vulgar, camuflado de normalidad. Las mandíbulas de los guardaespaldas se relajan un poco; sus manos tamborilean, inquietas, ritmos indescifrables, pero ya no van una y otra vez a palpar el arma bajo la americana. Sin embargo, tras las innecesarias gafas de sol, los ojos de los guardianes siguen activos, inquietos, atentos. Lo bajan del automóvil tomándole por los brazos como a un inválido. Lo acompañan al interior del edificio, hasta una habitación ante cuya puerta se despiden sin una sonrisa y sin desearle suerte.

Él prefiere anestesia total. Les dice que no quiere enterarse de nada. Asienten indiferentes, mientras se calzan los guantes de caucho. Asoman las jeringuillas, los paños blancos, la luz cegadora; se oye el tintineo de los instrumentos depositados en la bandeja. El tacto frío de los electrodos que le pegan a la piel. Observa, con curiosidad casi científica, cómo retiran el tubo del suero y enroscan otro en el interior de la cánula. En un par de minutos le hará efecto, no tenga miedo, dice el anestesista sin mirarle. Aguarda acechando el instante en que comenzará a notar la anestesia. Sin embargo la primera sensación le sor-

prende. Veo todo borroso, quiere decir, pero la lengua ya no le obedece; náuseas, vértigo, un breve instante de pánico, y después todo negro, los recuerdos devorados por la sima, las voces transformadas en zumbido, la nada alrededor.

Despierta y de repente se siente inerme, nadie a su lado para consolarlo. Ganas de vomitar, un fuerte dolor en toda la cara, intensos pinchazos por debajo de los pómulos. Pero se vuelve a dormir, una y otra vez. Y entremedias oleadas de miedo, ¿qué me habrán hecho? ¿Sigo en la misma clínica o han aprovechado mi sueño para devolverme a Palermo? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? Se tranquiliza un poco al reconocer a una de las enfermeras que se acerca a interesarse por él. En unos cuantos días podrán quitarle el vendaje, intenta animarle, aunque él se siente protegido por esa máscara de gasa. ¿Le duele mucho? Por suerte le inyectan analgésicos con el suero y además, en cuanto le dejan solo en la habitación, se toma varios calmantes del tubo que han depositado, por si acaso, sobre la mesilla; los toma sin contar, siete, ocho al día, da igual, los necesarios para quitarle al mundo sus aristas, todo blando, impreciso, y las voces, meros rumores sin procedencia cierta. En medio de ese vivir adormecido, casi sonámbulo, una mañana llega el sobresalto, la extraña impresión de estar muerto cuando por primera vez se ve en el espejo. El médico le ha quitado las vendas casi sin hacerle daño. Después lo mira, retirándose un poco, como quien contempla un cuadro, para enseguida acercarse a comprobar los detalles: acaso el cuadro es falso. Entonces le da el espejo. Y Luigi se ve.

No a sí mismo, a otro. Como si no fuese el rostro lo que le han cambiado, sino el alma; Luigi Sinagra ya no existe, y así lo confirma el pasaporte que le entregan días más tarde con la foto de un desconocido —la foto de quien ha visto en el espejo— y un nombre ajeno: Bruno Ferro. De repente, el horror se desvanece. Luigi Sinagra ha muerto. Y la esperanza se abre camino, trabajosamente, en la mente del incrédulo. Bruno sonríe. Escucha las instrucciones pacientemente. Asiente a cada una. Sólo quiere que terminen de hablar. Tiene que salir de allí, de esa habitación en la que acaso quede algún despojo del cadáver. Tiene que ocupar esa vida, aún inhabitada, que le han concedido. Todo lo que le espera está por estrenar, incluso sus gestos son nuevos. Quedan la voz y también la mirada, que le recuerdan vagamente a un conocido. Hubo alguien con esa voz y esa mirada, pero alguien sin importancia, a quien hay que dejar atrás. Ahora, sólo hay tiempo para el recién llegado; es él quien ocupa el escenario, dispuesto a ensayar nuevos papeles. Y ya corre hacia el nuevo destino, impaciente no tanto por llegar como por partir.

No habría sido necesario. ¿Quién se lo había pedido? Nadie. Ella no. Por supuesto que le gustó: era justamente lo que estaba deseando oír. Por eso se lo dijo. Pero fue cosa suya. A ella le hubiese bastado con lo de siempre: qué gusto; me estoy corriendo. O esos insultos que les salen porque decir algo amable les parecería rebajarse: puta, qué buena estás. Vale; estaba acostumbrada. Además, ella no esperaba palabras cariñosas: si se habían casado era porque así lo había ordenado Don Alessandro. Por eso le sorprendió tanto escucharlo:

«Quiero tener un hijo tuyo.»

Hay que tener poco corazón. Hay que tener hielo en las venas para hacer una cosa así. A ella se le saltaron las lágrimas como a una tonta. Nunca se lo habían dicho. Ni esperaba que nadie lo hiciese. Claro que pensaba que algún día sería madre, pero no porque lo deseara verdaderamente, sino que le parecía algo inevitable, una de esas consecuencias necesarias de estar viva, como las arrugas y la muerte. Tendría hijos igual que los habían tenido todas sus amigas.

Porque a los tíos les gusta que las mujeres echen hijos al mundo para presumir de ellos y, de paso, para atarlas a la casa. Y ella tendría hijos porque algún día su marido no le bastaría para recibir el calor que se necesita para vivir. La verdad es que nunca se lo había dado, pero durante un tiempo se había hecho la ilusión de que algún día la cosa cambiaría, de que cuando su marido se hubiese conformado con su suerte empezaría a quererla. Tontería; por qué iba a quererla quien se había casado con ella por orden del jefe. Para eso, angelitos míos, para robarles las caricias, las sonrisas, las miradas que una se harta de mendigar en otros sitios.

Por eso no se lo esperaba. Por eso tenía aún más delito aquel hijo de puta que le hacía creer que lo imposible iba a suceder. Que estaba loco por ella y se moría de ganas por tener un hijo con ella. Qué tonta. Tenía que haberle dado un empujón, habérselo quitado de encima: vete a mentir a tu madre. Pero no lo hizo. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas; justo lo que él deseaba, porque se sienten como dioses cuando las mujeres lloran en la cama, como si el llegarle a una a las entrañas fuese una prueba de hombría. ¿De verdad?, le preguntó entre hipos. De verdad, le respondió, y se puso a ahondar en ella y ella a dar gritos, porque se abrasaba, porque nunca había sentido ese ardor, porque su sexo se abría igual que una sandía golpeada contra una roca, y esa vez no se protegió contra el intruso, no contrajo los músculos, no se mordió los labios ni imaginó, como otras veces, que clavaba un cuchillo en el vientre de quien

la estaba penetrando, única manera de no sentirse tan inerme, tan despreciable. Quiero un hijo tuyo, dijo él de nuevo, separándole las nalgas con las manos para llegar más adentro, y ella lo arañó, lo mordió, lamió el sudor de su frente, lo besó enloquecida y rompió a reír pensando que era su hijo el que anunciaba su llegada de manera tan hermosa.

Cuando pusieron al niño en sus brazos apenas si pudo darse cuenta de que ese peso que sujetaba con desgana era su hijo. Había pasado día y medio envuelta en una ligera niebla que la separaba del resto del mundo: de su marido, de las personas que paseaban por la habitación cumpliendo tareas para ella incomprensibles, de las otras mujeres con quienes compartía la habitación de la clínica. Ella sólo había dicho que sentía náuseas, que si podía beber algo. Entonces se acercó solícito un enfermero, le puso una pastilla en la boca, eso lo solucionamos ahora mismo, y una inyección en la columna vertebral. Casi de inmediato, el mundo pareció retroceder, las cosas se alejaron; su propio cuerpo era un bulto que pertenecía a otra persona, a una mujer que estaba tumbada en una cama esperando un hijo. Vio sus caras girando en derredor suyo, los vio manipulando entre las piernas de la otra mujer hasta que alguien levantó un objeto gelatinoso y sanguinolento, mientras un enfermero encendía un pitillo en una esquina de la sala. Luego le pareció escuchar un llanto.

Desde entonces había estado vagando por recuerdos de años atrás, sobre todo de la huerta en la sierra, mezclando imágenes vistas alguna vez con otras que iba recomponiendo en su cabeza para formar historias deslavazadas por las que transcurrían personajes conocidos y extraños. A veces una arcada la devolvía a la habitación del sanatorio y entonces sentía su cerebro expandirse violentamente, como si ese pudín podrido presionase contra las paredes del cráneo, deformándose, descomponiéndose a pedazos. Luego, después del vómito, volvía a hundir la cabeza en la almohada, cerraba los ojos, regresaba a esa película sin guión que se desarrollaba dentro de ella, conversaba con su abuelo en la cochiguera, mientras echaba de comer a los cerdos, jugaba al rescate en la plaza de la iglesia, dejándose besar por desconocidos que la aguardaban apoyados con desgana contra los árboles, unos hombres embutidos en gabardinas grises que le acercaban los labios, se la quedaban mirando muy de cerca —ella olía su aliento de tabaco e insomnio—, la besaban húmedamente en la boca, cómo has crecido, acompañando la constatación con un cabeceo apreciativo. O se veía de cuclillas, orinando sangre en una palangana. O le escocían los ojos por los vapores del vinagre que su madre vertía sobre una carpa todavía humeante, pero ella se quedaba allí pegada, para no perderse nada del cambio de color del pescado, que se iba volviendo azul, de un color imposible para un pez muerto, un azul de soldado de plomo. La puerta de la habitación se abrió y una enfermera rolliza entró llevándole un niño dormido y una sonrisa de complicidad.

—Aquí lo tienes; es todo un hombrecito.

Lo tomó entre sus brazos porque no le quedó otro remedio. La enfermera lo había depositado allí, se había retirado unos pasos y contemplaba la escena con sonrisa bobalicona. El niño, sudoroso, con el cabello negro pegado al cráneo y unos sarpullidos rojizos alrededor de la nariz, respiraba trabajosamente. Era tan pequeño que casi le dio risa. Durante el embarazo había soñado que en su vientre estaba formándose un monstruo enorme, una especie de anfibio de piel resbaladiza que no hacía más que crecer y crecer, desgarrándola por dentro, y que acabaría por salir dolorosamente por entre sus piernas, para mirarla desde el pie de la cama con dos ojos telescópicos y suplicantes. Pero era un niño diminuto, cuyo nacimiento se había adelantado tres semanas porque la placenta se había roto a destiempo dejando al feto indefenso ante los agentes patógenos del exterior. La madre ya no lo protegía del mundo.

La puerta volvió a abrirse. Entraron su marido y el médico. Éste dedicó una sonrisa a la mujer. Le tomó el pulso.

—¿Qué tal se encuentra la joven madre?

El marido se acercó al pie de la cama y se quedó mirando al bebé con aire preocupado.

—Está acatarrado —comentó algo ausente— pero se va a reponer. Ya lo verás.

La mujer no sabía qué hacer. Hacía unos instantes se había encontrado sola en el cuarto con sus recuerdos y fantasmas. Y de pronto comenzaban a entrar extraños en ese espacio que se suponía era el suyo. Invadían su sueño inacabable como si

también eso les perteneciese, discutiendo con su presencia el derecho de la mujer a sus fantasías. Aguardaban algo, una frase tan evidente que no acababan de explicarse por qué no la había pronunciado ya. El sol entraba por debajo y a través de las rendijas de la persiana a medio cerrar, dividiendo la cama por medio de una cortina de luz y partículas de polvo en suspensión, cuyo baile seguía la mujer absorta desde la cabecera en sombra, prefiriendo concentrarse en esa insignificancia a tener que prestar atención a aquellos individuos expectantes. La mujer sentía unas ganas irresistibles de orinar: se dio cuenta de que llevaba horas sufriendo bajo la presión de la vejiga, pero no era capaz de expulsar el líquido de su cuerpo; las vísceras aún no se habían recuperado del esfuerzo de empujar al niño hacia el exterior. La enfermera se ocupaba en rehacer un poco la cama revuelta durante el ligero delirio de la convaleciente. El marido miró al médico visiblemente inquieto, buscando su complicidad, y dijo:

—Es un niño. Tenemos que ponerle un nombre. Le podríamos llamar Luigi.

La mujer sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas. No quería que la viesen llorar; les dio la espalda y fingió contemplar al niño. Pero sólo podía ver ante sí una figura borrosa. El médico tranquilizaba al marido en tono académico, como quien afirma las propiedades de un medicamento:

—No se preocupe. Le sucede a muchas madres. Es una reacción hormonal. Y un efecto secundario de la epidural. Se le va a pasar enseguida. En unos días estará más alegre.

El niño se revolvió entre sus brazos y exhaló un suspiro. La madre se llevó el cuerpo liviano al rostro. Aspiró su olor, un sorprendente olor a leche en polvo. El llanto era ya tan intenso que no se dio cuenta de que se había quedado sola con su hijo.

Durante el embarazo, lo había visto a menudo sentado en el sillón, con un libro entre las manos, y no acababa de creérselo, que su marido se sentase a leer, que se quedase en casa tras regresar del trabajo en lugar de bajar a la bodega, como hacían todos, para escapar unas horas más de la estrechez de la vivienda, de la convivencia con una mujer casi siempre furiosa, amargada por la vida entre muebles viejos y paredes que se desmoronan, por esa lucha cotidiana con la mugre y el orín, por el monótono transcurrir de los días entre las voces de las vecinas y las respuestas descaradas de sus hijos, por ese paisaje infinito de cacerolas, barro, pringue, cucarachas y mocos. Ella, que había huido del pueblo para zafarse de lo mismo, de la roña bajo las uñas, de las colillas húmedas de saliva en la boca de su padre, de ese gesto de no poder más con que la madre se agachaba a echar unos restos en el comedero de los cerdos; ella, que había rogado a Don Alessandro que la sacase de allí, por favor, que estaba dispuesta a pagar el precio que fuese —y sabía muy bien el precio que tendría que pagar—, que haría todo lo que le dijese si la salvaba de los chistes soeces de sus hermanos, de sus pedos y sus risas; ella, que después de servir en casa de Don

Alessandro corría a la academia nocturna para aprender, para convencerse de que el mundo no era sólo el pueblo, las huertas, la familia, y para asegurarse de que cuando Don Alessandro se cansase de su presencia y la echara a la calle no tendría que regresar para ver las mismas caras, los mismos cuerpos desangelados; ella, que soñó tanto tiempo con irse a vivir a Roma, o a Florencia, en un apartamento soleado en una calle con asfalto y con farolas; ella, que había fracasado tan estrepitosamente en su escapada, habría entendido bien que su marido hubiese huido a la taberna cada noche para sólo regresar convenientemente borracho y así poder pegarla con cualquier excusa —una camisa sin lavar, otra vez acelgas— y vengarse de su miseria, de su cobardía.

Por eso no acababa de creerse su felicidad al verle sentado en el sillón, leyendo un libro que a saber de dónde habría sacado, sobre el cuidado de los recién nacidos, que, cuando se cansaba de leer, cerraba y guardaba bajo el colchón para que no lo descubriese una visita inesperada, y ella le perdonaba sin dificultad esa pequeña cobardía, y también que no le hiciese demasiado caso, que cada tarde se pusiese a leer trabajosamente todos esos conceptos de medicina tan indescifrables para él, sin mirarla a la cara, sin darse cuenta de las ojeras que se le estaban poniendo, ni de que a veces tenía que salir corriendo a vomitar. No le importaba: su marido quería un hijo suyo, y ella comprendía que su cuerpo hinchado no podía atraerle, que nadie desea acariciar a una mujer que lucha continuamente con las náuseas. Lo

entendía perfectamente. Y era feliz. Aunque a veces tuviese que contener el llanto, o más bien, llorar bajito, cada vez que su marido apagaba la luz, le daba la espalda en la cama y se ponía a dormir sin decirle una sola palabra. No seas tan exigente, se decía a sí misma. Está tan ilusionado con el niño.

Después de pasar tres días en la clínica recibiendo los cuidados cada vez más indiferentes del personal, la mujer regresó a su casa en un taxi con el niño entre los brazos y su marido al lado. Durante el trayecto casi no intercambiaron palabra alguna. O si lo hicieron ella ya lo había olvidado unos segundos después. En casa la estaba aguardando su hermana, que había ido a limpiar un poco y a preparar el dormitorio. Fue una sensación extraña ver a su hermana abriéndole la puerta de su propia casa. Era como llegar de visita a un hogar ajeno, como si fuese a casa de un familiar a reponerse de una enfermedad grave. Apenas se habían apeado del taxi, la hermana salió a ver al niño. Qué guapo es, fue lo primero que dijo. Ha crecido desde el primer día. A la madre le pareció raro que alguien pudiese percibir cambios en el niño, cuando ella no habría sido capaz de distinguirlo de cualquier otro bebé. Por algún motivo que se le escapaba, evitaba al máximo mirarle a la cara. Cuando le daba de mamar lo hacía con los ojos cerrados, para no ver su boca ávida. Al tumbarse en la cama, mientras su hermana echaba las cortinas para que no entrase demasiada luz en el cuarto, la mujer

pensó que se estaba comportando como una histérica y apretó al niño contra el pecho, sintiendo remordimientos de conciencia por no ser una buena madre. Hijo mío, dijo para convencerse a sí misma, para ver si así lograba rescatar alguno de esos sentimientos que pensaba adecuados en una madre, y se le volvió a formar un nudo en la garganta, no porque la criatura la conmoviese, sino porque le dolía tanto su propia indiferencia. Nunca había pensado que fuese posible estar tan triste cuando se acaba de dar a luz.

La hermana se quedó los primeros días para echar una mano, pues la mujer no estaba en condiciones de levantarse. Cuando el niño lloraba, se lo cogía de entre los brazos, déjame, ya verás cómo se calla enseguida, ángel mío, y paseaba con él por el dormitorio cantándole nanas y hablándole en un tono que a la madre se le antojaba particularmente agudo. También fue la hermana quien bañó al niño, le echó polvos de talco entre las piernas y lo volvió a vestir entre risas y gritos, ¡qué cola más bonita tiene, Dios! qué se la voy a comer, claro que sí hombre, claro que se la va a comer su tía.

Cuando al cabo de unos días se fue su hermana, la mujer se dijo que ya estaba bien de tonterías, que era su hijo a quien tenía en los brazos, y ya era hora de atenderle debidamente. Se incorporó en la cama, dio el pecho al niño y después limpió con un pañuelo mojado en saliva la leche que se le había quedado pegada a la barbilla. Por primera vez se rió con su hijo al ver cómo torcía la boca cada vez que le restregaba las comisuras con el

pañuelo humedecido. Le recordó lejanamente a *Bambi*. Al levantar la cabeza, se dio cuenta de que el marido la estaba contemplando desde la puerta.

—Tienes al crío casi desnudo —le recriminó—. ¿No te das cuenta de que está resfriado?

—Pero si está sudando —se defendió la madre.

—Anda, dámelo. Lo mismo tiene fiebre.

La mujer se lo entregó, aunque todavía resistiéndose débilmente.

—No está nada caliente.

El hombre lo envolvió en una manta y lo tumbó en la cuna. La mujer sintió un miedo inexplicable. Le pareció que el niño se quedaba indefenso en la cuna, que podía sucederle alguna cosa terrible.

—Déjamelo. Quiero dormir con él.

—Estás loca. Podríamos asfixiarlo al darnos la vuelta. Durmiendo no se entera uno. No sería la primera vez que sucede algo así. Es mejor que se quede en la cuna. Si llora ya me levantaré yo.

A veces una se siente feliz, casi feliz. Todo es como debiera: luce el sol; se acaba de estrenar un vestido estampado que acaricia la piel cuando la brisa lo empuja en suaves vaivenes; un hombre, un hombre querido está detrás, rodeándote con los brazos, mirando en la misma dirección, al horizonte, contra el

que se recortan gaviotas en un atardecer de tarjeta postal. Y, de pronto, sobreviene el pánico, los ojos se desorbitan intentando absorber todo lo posible esa imagen a punto de desaparecer, el suelo no es firme, sino un montón de arena que comienza a correrse bajo el peso de los cuerpos. Y la única salvación sería que alguien encendiese de repente la luz, anunciando de mal humor ya son las ocho, ¿piensas pasarte todo el día en la cama?

Su marido había pedido unos días libres a Don Alessandro para cuidar a la madre y al niño. No seas cabezota, aún no puedes levantarte. Lo ha dicho el médico. Y le daba un vaso de agua y una pastilla amarga que ella tragaba obedientemente. A veces se atrevía a pedirle que le permitiese darle el pecho, pero su marido sonreía, como se sonríe a una cría de cuatro años que pide a un pescador que le deje acompañarle a la pesca del atún: ya tendrás tiempo cuando seas mayor. Y le pasa la mano por los cabellos. Él también hacía amago de acariciarla, diciendo que era preferible darle el biberón; el médico había dicho que no tenía leche suficiente, y que con el biberón el niño se acostumbraba a un ritmo y a una cantidad determinadas, y se hacía menos caprichoso: así daría después menos guerra. Para darle de comer, se llevaba al niño a la cocina porque de esa forma no se distraía.

El hombre le preparaba la comida, le suministraba los medicamentos, hacía la compra. A veces incluso le permitía coger un rato al niño en brazos, aunque se quedaba, eso sí, todo el tiem-

po observándolos atentamente, antes de devolver al niño a la cuna, porque había que acostumbrarlo bien desde el principio. Y ella no podía explicarse esa sensación de terror, esa intuición de que la desgracia discurría por debajo de las imágenes más tranquilizadoras: jamás hay que coger el caramelo en la mano de ese hombre sonriente que acaba de acercarse a ti mientras estás jugando sola en la calle.

Pero estaba tan cansada; cada movimiento era un esfuerzo supremo. Únicamente cuando su marido salía, se levantaba, llegaba a la cuna y se quedaba mirando al niño, durante horas si la ausencia duraba tanto, durante intensos minutos si eso era lo único que le estaba permitido. Y de vez en cuando pasaba las yemas de los dedos sobre el rostro del niño, con la sensación de hacer algo prohibido, de que sufriría un castigo terrible si insistía en transgredir las normas. Lo miraba fascinada, incansable. Notaba emocionada el latir del pulso en sus sienes, los temblores de sus párpados mientras dormía, el movimiento de los labios cuando exhalaba un sonido. Lo miraba, bebiéndose su imagen antes de que alguien abriese la puerta, la arrancase de su sueño, ¿pero qué estás haciendo?, ¿quieres coger una pulmonía? Un vaso de agua, una pastilla, un beso en la frente. Y se llevaba al niño para darle el biberón.

El hombre envolvió al niño en la mantita de cristianar.

—Me lo llevo a pasear un rato. Es bueno que le dé un poco el aire —dijo a la mujer tendida en la cama. Ella no respondió. Al hombre le pareció que en sus ojos había un cierto temor. Está rarísima, pensó. El parto las pone histéricas. Será mejor que le dé otro calmante esta noche; si no, es capaz de volver a despertar al crío.

El hombre entró en la bodega a comprar un litro de vino. La dueña, una viuda que despachaba siempre con un rosario entre las manos, hizo al niño un par de ajitos.

—Está muy delgado —comentó—. Y tiene ojeras. Nunca había visto a un niño tan pequeño con ojeras.

—¿Cuánto es? —Puso las monedas sobre la barra sin aguardar la respuesta, que ya conocía.

—Angelito. ¿Es que no come?

—Sí. Come de maravilla, a todas horas. Será pálido, como su madre.

Bajó al puerto eludiendo las calles en que podía encontrarse con algún conocido. No le gustaba que sus amigos lo viesan con el crío en brazos, le hacía sentirse como si lo hubiesen sorprendido probándose unos zapatos de mujer. Buscó una pared resguardada del viento, junto a uno de los almacenes, y se sentó a tomar el sol. Pasó allí la tarde, con su hijo en brazos. Era un niño poco ruidoso. Apenas si le había oído llorar un par de veces. Era verdad que tenía mal aspecto: estaba pálido, y sus facciones afiladas le hacían parecer muerto cuando dormía. En ese momento no dormía, sino que tenía los ojos abiertos. El hombre sacó un biberón que llevaba en la americana, envuelto en

una bolsa de plástico. El niño se quedó dormido apenas dio unos tragos de leche. Vive como Dios, dormir y comer, se dijo el hombre. La botella de vino estaba casi vacía. Dio un último trago, dejó al niño en el suelo, se levantó y se fue a tirar el casco al agua. Una nube de carbonilla le cegó mientras contemplaba la botella flotando entre la espuma amarillenta. Los estibadores habían abierto la trampilla de un contenedor para que el carbón se deslizase hasta un remolque situado debajo y el viento llevó el polvo negro hasta donde el hombre se encontraba. Por debajo del estruendo producido por el carbón al chocar contra el metal, podía escuchar las voces de los estibadores que observaban la operación. Pensó que ser estibador no era un mal trabajo. Estaban allí juntos, al aire libre, al sol, y a veces se detenían a liar un pitillo y a conversar. Desde luego sería más agradable que el de los mineros que habían extraído el carbón. Cuando el ruido producido por la caída del mineral cesó, el hombre volvió a escuchar el sonido del mar. También se escuchaba a un estibador tarareando entre dientes un aire napolitano. Y, bastante débil, una tos seca. El hombre buscó con la vista a su hijo. Un perro husmeaba con curiosidad el bulto tirado junto a la pared, del que provenía ese ruido silbante.

—¡Chucho!

El hombre cogió al niño otra vez en brazos. Unos churretes negruzcos le bordeaban los ojos y las aletas de la nariz. Al parecer, el viento había llevado la carbonilla hasta la pared del almacén donde habían estado resguardados.

—¡Pues sí que te has puesto bueno!

Sin saber cómo aliviar la tos del niño, echó a andar de regreso a casa pensando que a la noche volvería a disolver un sedante en la leche para que la criatura pasase una noche tranquila. Los niños deben tener las suficientes horas de sueño, de lo contrario se debilitan. El perro les siguió unos cuantos metros, pero al llegar a la puerta de una carnicería se entretuvo lamiendo una mancha de sangre en la acera. Cuando volvió a levantar la cabeza, el hombre y el niño habían desaparecido de su vista.

Habría que matarlos. Justo en el instante en que están tendidos sobre nosotras, apoyándose sobre las manos, con los brazos extendidos, horadándonos con empujones violentos, observando, con la satisfacción que concede el poder, cómo nuestras facciones se desfiguran, escuchando con orgullo esos ronquidos que no podemos contener, sabiendo que les necesitamos, que no podríamos soportar que en ese momento se retirasen de nosotras, que nos dejaran allí tendidas, sudorosas, jadeantes, con el rostro desencajado, sin obtener ese relámpago necesario para soportar la existencia unos días más. Habría que matarlos, justo en ese instante, cuando los músculos de las piernas dejan de obedecernos, cuando una no se atreve a abrir los ojos para no ver ese leve rictus de desprecio precisamente cuando una se abre hacia ese extraño, se entrega, inerme, habría que clavarles

un cuchillo en el vientre, obligarles por fin a abrazarnos, a entregarse, a dejar de mirarnos desde esa altura. Habría que reventarlos de un navajazo para no sentirse una tan sola, tan estafada.

Fue él quien abrió la puerta. Había reconocido a su cuñada en la manera de llamar, con varios golpes rápidos dados con la palma de la mano. Llegaba sofocada, enjugándose la frente con un pañuelo estampado. El hombre pudo oler el sudor desde el quicio de la puerta. Imaginó las carnes blanquecinas y fofas de su cuñada chorreando bajo las enaguas.

—¿Qué quieres?

—Cómo que qué quiero. Pues ver a mi hermana y al niño.

La mirada de ella intentó colarse por el escaso espacio de puerta no obstaculizado por el cuñado. Seguro que esa mierda de beata de la bodega ya habría ido diciendo por ahí lo pálida que estaba la criaturita.

—Están durmiendo. Ven más tarde. O mañana. —Tenía aún puestos el pantalón del pijama y una camiseta de tirantes con manchas de vino y grasa. Llevaba días sin afeitarse ni peinarse.

—Has bebido —le recriminó la mujer.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Además, a ti qué coño te importa lo que yo haga. Joder, ¿te has creído que puedes mangonear aquí como en tu casa? A ver si me vas a confundir con el tontaina de tu marido. —E hizo ademán de cerrar la puerta.

—Déjame pasar.

Lo dijo despacio, acentuando cada sílaba. El hombre se quedó un momento inmóvil, luego se encogió de hombros, dio media vuelta y regresó hacia el interior de la casa murmurando y sacudiendo la cabeza.

La cuñada entró rápidamente tras él, dirigiéndose hacia el dormitorio. Vio a su hermana tumbada en la cama: efectivamente, aún dormía, aunque era ya casi la una. Luego se encaminó a la cocina. El hombre estaba sentado en una banqueta, liándose un cigarrillo. El niño, envuelto en la manta de cristianar, sobre la mesa de la cocina.

—No debe coger frío —comentó el hombre, algo ausente.

La mujer tomó al niño entre sus brazos, le retiró la manta que le cubría la cabeza y se quedó mirando horrorizada el rostro escuálido.

—¡Qué crimen! —dijo—. ¡Qué crimen, Virgen Santa!

Llevándose al niño apretado contra el pecho, regresó al dormitorio. Su hermana se había despertado con las voces. Estaba sentada sobre la cama, vestida con un camisón amarillento. Tenía los ojos tan dilatados que parecía no ver nada.

La mujer tendió los brazos con el niño hacia la hermana. Apenas si le salía la voz.

—Se está muriendo; tu niño se está muriendo.

—Habría que hacer algo —respondió la otra sin convicción antes de volver a derrumbarse sobre la cama. El marido se asomó a la puerta.

—Que os den por el culo —dijo, para desaparecer a continuación hacia el fondo del pasillo—. ¡Que os den por el culo! —gritó antes de salir. Tras escuchar el portazo, las dos mujeres rompieron a llorar a un tiempo. El niño continuó durmiendo, ajeno al dolor que anegaba la casa.



A VECES, SIN MOTIVO APARENTE, su madre deseaba quedarse sola. Decía que eran unas ganas como las de hacer pis: uno puede retrasarlo más o menos, pero al final hay que hacerlo. Así que para qué aguantarse las ganas.

Esas veces su madre lo llevaba a casa de la tía Lucía —al niño le gustaba repetir bajito las dos palabras, tía Lucía, tía Lucía, que sonaban tan bien juntas— aunque el niño habría podido ir solo hasta allí; no era un camino tan largo y, como las ansias de soledad de su madre eran relativamente frecuentes, el chico lo conocía de memoria. Pero ella se empeñaba en acompañarle hasta la puerta, aunque luego nunca entraba a visitar a su hermana; para asegurarme de que no te quedas por ahí jugando hasta las tantas, le explicaba, pero a él le parecía que había algo más, que, con todas sus ganas de estar sola, a su madre le costaba separarse de él. Sobre todo, como esa vez, cuando lo llevaba a casa de su tía para que se quedara a dormir allí.

A él no le hacía ninguna gracia, porque dormir donde su tía suponía acostarse en la misma cama que ella, el tío y la prima,

mientras que él prefería de todas todas dormir con mamá, con su olor familiar y protector. Además, tanto su tío como su tía roncaban. Y un día, cuando era bastante más pequeño, cuatro años o así, su tío le había puesto una pierna sobre el cuello y casi lo asfixia. Aunque había ocurrido hacía mucho, todavía se acordaba perfectamente de la sensación de ahogo, de impotencia frente a tal peso muerto; pero no se había atrevido a gritar, porque temía el genio continuamente destemplado del tío. Habría pensado que le despertaba a mala idea. Así que durante un rato luchó por respirar bajo la pierna asesina, rezando por que el tío se despertara o cambiara de postura; si no, sus minutos de vida estaban contados. Finalmente, justo a tiempo, porque al niño le latían las sienes como cuando se tiene fiebre y se le iba ya nublando la vista, el tío movió la pierna, librándole de una muerte cierta. El niño siempre pensó secretamente que aquella noche desesperante fue la causa de los ataques de asma que comenzó a sufrir poco después. Para colmo de males, las sábanas de su tía olían a naftalina.

La tía lo recibió como siempre, amablemente pero con cierta sorna en la voz.

—¿Tía, se puede?

—Pasa, corazón. ¿Vienes a quedarte?

—Sólo esta noche.

—Ya me lo imagino. Bastante tengo yo con el cencerro de tu tío como para querer otro hombre en casa. —Sacó de la pila un barreño de plástico verde con agua sucia, en el que acababa de

lavar la ropa que ahora colgaba de una cuerda tan destensada que las sábanas casi tocaban el suelo, y vertió el contenido en el retrete sin tapadera que se encontraba a unos pasos del fregadero—. Además, tu madre te necesita más que yo. ¿Has cenado?

—Sí, he cenado con mamá antes de venir. Hígado con patatas fritas.

—Hoy te vas a quedar solo con tu prima. Tu tío y yo tenemos que salir a un recado. No te da miedo, ¿verdad?

—¿Qué recado vais a hacer? ¿No podemos ir con vosotros?

La tía se bajó las mangas del vestido —el vestido oscuro con flores pequeñas de color azul que llevaba siempre— y se quedó un momento mirando al niño. Su cara regordeta estaba bañada por el sudor; las gotas relucientes se remansaban en el vello que le crecía sobre los labios.

—No, no es cosa para niños. Vamos a un velatorio —respondió, dando un suave pellizco en las mejillas del niño. Sus manos olían a lejía.

—¿Quién se ha muerto?

—No se ha muerto. Lo han muerto. Un vecino que andaba tonteando... pero anda, no preguntes tanto. ¿Qué pasa, que sí te da miedo quedarte solo con tu prima?

—Qué va. Me da lo mismo.

Resultaba agradable estar tumbado en la cama sin sus tíos. Era una cama más grande que la de mamá. Claro, porque la tía Lucía

no era viuda y tenía que compartirla con un adulto más. Rosa, su prima, estaba leyendo un tebeo, con medio cuerpo fuera de las sábanas; llevaba puesto el camisón blanco, que al niño le gustaba mucho porque era bastante liviano y dejaba transparentarse los pezones y las braguitas. Y, como le quedaba bastante corto, cuando se le subía sin que ella se diese cuenta también se le veía el inicio de las nalgas.

—¿Cuántos años tienes, Rosa?

La niña tardó un momento en responder, embebida en su tebeo.

—Ocho. Y medio.

—Yo tengo siete.

—Ya lo sé, pesado. Déjame leer.

—¿Puedo leer contigo?

—No. Cállate.

Se puso a jugar, como casi siempre, a descubrir figuras en las manchas de la pared. Había varias caras. Eran las más fáciles de descubrir: enseguida se notaban los ojos; el resto no era tan importante. Había caras alargadas y caras redondas. Caras sonrientes y caras tristes. Había también caras llenas de rabia. Casi ninguna tenía orejas. Había una cara de perfil, con una nariz gruesa y la barbilla picuda. Pero también había un bosque y montañas, justo encima de la ventana. Y junto a la cómoda había un perro sentado. El relieve del yeso, mal tendido, resquebrajado y abombado por la humedad, ayudaba a que pareciesen más reales. Sobre todo cuando la luz de la habitación

estaba apagada y sólo las iluminaba el resplandor crudo de una farola que había en la calle, bajo el que las figuras adquirirían un mayor contraste. Entonces una de las caras incluso daba miedo. Parecía un hombre gritando, o amenazante. O sometido a una tortura insufrible.

La niña tiró el tebeo sobre una silla y se quedó mirando a su primo. Éste siguió con la mirada fija en el techo, como si no se diese cuenta.

—¿No tienes sueño?

El niño no respondió. Ella tampoco había querido hablar con él un momento antes. Así que ahora que se aguantase.

—¿Quieres que apague la luz?

—Me da igual, pesada. —Le dio casi risa responder de la misma manera que ella. Para que se enterase.

—Hoy no llevo braguitas.

—¿Qué?

—Que hoy no llevo braguitas. ¿Quieres verlo?

El niño intentó mantener el control de la situación, que le había durado tan poco. Su prima aguardaba la respuesta con los labios apretados, como si contuviese la risa. El niño consiguió encogerse de hombros aparentando desgana, aunque sintió que se le ponía dura, sensación en realidad agradable, pero le causaba una cierta desazón cuando pensaba que ella podía darse cuenta de la transformación. Hubiese preferido no decir nada más, para que rabiase la prima, pero lo mismo se cansaba del juego y se ponía a dormir: la experiencia le había enseñado que

los chicos más mayores enseguida se cansan de los juegos, no tienen nada de paciencia.

—Bueno; si te empeñas —respondió al fin, en un tono condescendiente que le permitía conservar una cierta dignidad.

—No, si no quieres, nada.

—Que sí quiero.

La niña echó para atrás las sábanas y se levantó el camisón hasta por encima de la cintura. No era la primera vez que el chaval veía una raja de niña —a veces se había quedado mirando a alguna que estaba orinando en la calle, fascinado por la suave hendidura de la que manaba el chorrito—; y también se la había visto a su madre una vez mientras ella se lavaba de pie sobre una palangana, pero le dio repelús, aunque tampoco había podido dejar de mirarla. A través de una grieta en la madera de la puerta, había observado esa mancha oscura y algo amenazadora entre las piernas de la madre, y si sólo miraba en esa dirección, si dejaba de ver al mismo tiempo otras partes más familiares de la fisonomía materna —las manos, la cara, incluso los pies— le parecía imposible que aquello pudiese ser su madre. Que esa madre que a veces le consolaba o hacía reír pudiese tener tal cosa entre las piernas justo en el momento de consolarle o hacerle reír. Eso sobre lo que sus amigos siempre hacían chistes que a menudo él no comprendía del todo —aunque también se reía—, y que, a juzgar por lo que decían dichos chistes, era una cosa sucia, maloliente, vergonzosa. No obstante, no abandonó su puesto de observación hasta que la madre hubo terminado

de lavarse —pasándose la esponja por allí mismo, para lo que tenía que abrir y arquear las piernas, adoptando un aire muy gracioso— y comenzado a secarse, momento en que el espía se dio cuenta de que su situación era un tanto arriesgada.

—No tienes pelos —comentó, porque sentía que debía decir algo, pero no se le ocurría qué. Aunque él lo había dicho más bien como alabanza, a ella pareció molestarle.

—Claro, sólo tengo ocho años. Pero el año que viene seguro que me salen. Entonces ya no podré enseñártelo. A que tú tampoco tienes pelos.

—No, aún no —confesó con cierta vergüenza—. Anda, date la vuelta.

La niña se puso de rodillas sobre la cama, dirigiendo hacia su primo un culo perfectamente delimitado dentro de un triángulo blanquísimo. Sintió una mano tímida acariciándole las nalgas.

—Qué fría estás. —Y frotó excitado la piel tan suave.

—A ver, ahora enséñame tú.

El niño se bajó rápidamente el pantalón del pijama, mostrando a su prima el pene erecto e imberbe. Ambos se rieron.

—Sabe salado —le anunció él, con sonrisa entre pícaro y tímida.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo han dicho. ¿Quieres probar?

—Bueno.

La niña se acercó a su primo, que se había puesto de pie sobre la cama. Aproximó la punta de la lengua a la de la cola y dio un suave lametón, como de perro.

—Es verdad. Está muy salado.

—¿A que no te cabe entera en la boca? Anda, inténtalo.

—No; ahora te toca a ti.

La niña se tumbó abriendo mucho las piernas, casi sin poder contener la risa.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó su primo un poco asustado.

—Qué tonto eres. Metesaca.

—¿Qué?

A la niña se le puso ese gesto de disgusto de chica mayor que a él tan poco le gustaba. Pero esa vez no le hizo burla.

—Ven, tumbate sobre mí. Pero primero dame un beso. No, así no: con la lengua.

El niño, que en realidad había comprendido perfectamente, se esforzaba por meter la cola en la rajita de su prima, pero se le escurría hacia arriba y hacia abajo sin conseguir separar los dos bordes de la hendidura.

—Oye, Rosa. ¿Y si te dejo preñada?

Se sentó junto a su prima. Se dio cuenta de que tenía la carne de gallina.

—No tienes ni idea. Eres demasiado pequeño.

—¿Vamos debajo de las sábanas? Tengo frío. Ahí también podemos jugar.

Era agradable. En la penumbra, sin necesidad de mirarse a la cara, sintiendo a veces el aliento del otro en el cuerpo. Jugaban a hacerse reír, acariciándose despacio en la cintura, en el cuello,

entre los muslos. Les gustaba sentir el cuerpo del otro, tan blandido, tan suave. Y ponerle la mano encima con cualquier excusa. A veces sus alientos se juntaban para una confidencia, la que fuese, incluso un embuste, que se contaban por el mero gusto de compartir un secreto, por sentirse aún más cómplices bajo la sábana que les ponía a salvo del resto del mundo y les envolvía como un abrazo materno.

—Que tetas más pequeñitas tienes —dijo el niño, una vez más por decir algo, para que su propia voz lo protegiese de tanta excitación, pero enseguida se dio cuenta de que tampoco en esa ocasión había elegido una frase afortunada. Ella ya había puesto cara de disgusto, así que se apresuró a apaciguarla, no fuera que interrumpiese el juego—. No te preocupes, a lo mejor cuando seas más mayor te salen. Cuando tengas pelos abajo.

Reconciliada, se acurrucó junto a él, y dio un leve tirón de su pene.

—Éste también es muy pequeño —dijo entre risas que no sonaron ofensivas y luego le dio otro lametón.

—Puj —dijo—. Ahora está más salado.

Y él, para contentarla, le metió un dedo en la raja.

—¿Te da gustito?

Su prima se echó a reír.

—Tú sigue.

El ruido del cerrojo al correrse les hizo dar un respingo. Enseguida oyeron la voz malhumorada de tía Lucía.

—Mierda de niños. ¿Qué hacen aún con la luz encendida?

La puerta del cuarto se abrió con violencia. Rosa ya tenía el camión puesto, pero el niño aún no había acertado a ponerse los pantalones, que se le habían hecho un lío. Ambos estaban colorados como salmónes.

La tía dejó sobre la mesa unos evangelios encuadernados en plástico negro. Su mirada resbaló de uno a otro. Una mirada desconfiada, hostil.

—¿Puede saberse qué coño estabais haciendo?

Rosa contestó enseguida, sin dejarse amedrentar, descaradamente.

—Estábamos jugando.

El niño, más ingenuo, quiso también participar, no dejar sola a su prima en la respuesta, pero sin ser capaz de superar la sensación de haber sido sorprendido en algo feo.

—No hacíamos nada malo.

La mujer ignoró al niño. Su mirada iracunda se centraba en la hija. Luego, llena de rabia, de un desprecio que restalló en los oídos del niño con violencia incomprensible, dijo:

—Tú sigue así, guapa, sigue por ese camino y acabarás como la madre de éste.

El niño tardó bastantes años en descubrir por qué en ese momento, sin motivo aparente, se apoderó de él un llanto convulso, tan profundo que el estómago parecía arderle.

—¿ERES MARICÓN?

La pregunta, tan familiar, le hace estremecerse, le recuerda un pasado del que no existe escapatoria, pues, aunque los demás olviden, uno no olvida jamás.

(—¿Eres maricón, o qué?

—Ja. No quiere hacerse pupa en los nudillos. ¿O es que te da pena este mierda?

—No es un mierda ¡Es un comemierda! —Y el más pequeño de todos se parte de risa con su propio chiste.

*Están en un solar de construcción, entre los tabiques de una obra paralizada desde hace años, que sólo han llegado a ser vivienda de ratas y de algún que otro borracho, después de que el constructor desapareciese del mapa tras recibir los importes de las entradas para la adquisición de las viviendas. Según cuentan los vecinos, con más admiración que reproche, se fugó al Brasil con la secretaria de la constructora. El solar está lleno de*

latas oxidadas, hojas de periódico amarillentas, alguna que otra jeringuilla, compresas manchadas de sangre, deyecciones de perro y humanas, aunque no siempre es fácil la distinción. Algún preservativo. Los chicos dicen, riendo maliciosamente, que huele a lefa. Y cuentan historias de cuando pillaron a la hermana de un tal Pino en un rincón de la obra con las bragas en la mano. Qué risa cuando echó a correr sin pararse a ponérselas y tropezó al saltar una zanja y se le vio todo, qué risa. Y su chorbo, que no era del barrio, sino un palurdo al que la hermana del tal Pino había conocido en las fiestas de Mondello, ni siquiera pudo levantarse, porque, con las prisas, se le había pillado el pellejo en la cremallera, y se le saltaban las lágrimas, qué risa, y tuvo que soportar la lluvia de pellas de barro que le cayó encima hasta que se cansaron del juego, y lo dejaron allí peleando para salvar su hombría de entre los dientes de la cremallera. Ése no volvía por el barrio, seguro.

—¿Eres marica, eh? —El interpelado calla—. Venga, demuestra que no lo eres. Dale, pero bien, en los piños.

La víctima lo mira intentando poner cara de desprecio, pero el miedo se le transparenta en los hombros caídos, en el indisoluble temblor de los labios. Es el hijo del lechero. De la banda del Rata. Lo han pillado cruzando solo por territorio enemigo. Se le han echado encima, lo han tirado al suelo, le han dado patadas, lo han arrastrado hasta el solar para poder torturarlo a gusto, sin que se interponga ninguna madre. Su madre es una bruja. Y una guarra, dice uno. Se limpia la nariz con el dorso

de la mano mientras llena las lecheras. Y su hijo es uno de los más odiados, un auténtico cabrón. Pero lo han pillado, así que están todos radiantes. También se encuentran allí las chicas: cuatro. Lo miran satisfechas. Una de ellas se ha acercado a él para escupirle. Porque unos días atrás la había arrinconado en un portal con otros de su banda y le habían quitado la blusa haciendo saltar los botones; también intentaron bajarle la falda; y le habían metido mano. El lechero la había cogido entre las piernas, mientras se reía a voces: ¡La tengo por el chocho! —Hijo de puta. Vamos a matarte. Te la vamos a cortar —le había anunciado ella antes de escupirle. Luego los chicos pincharon un excremento en un palo y se lo restregaron por la cara. ¡Come, come! El lechero se había resistido, arqueando el cuerpo para retirar la cara de la deyección que intentaban meterle en la boca. Lanzando patadas cuando lograba soltar una pierna de la presa de sus torturadores, insultándoles, blasfemando, jurando una venganza que en nada podía aliviar la situación en que se encontraba, rechinando los dientes, llorando de rabia. Las chicas lo habían mirado todo con una mezcla de satisfacción y de asco. Al fin y al cabo se lo merecía. Y ahora esperaban el resultado de una querrela interna. Porque uno de la banda apenas si había participado. Se había limitado a sujetar al lechero, sin convicción, dejándole escaparse de vez en cuando. Era un chaval delgado, con fama de buen muchacho, un poco blandengue, aunque a las chicas les caía bien. No era tan bruto como los demás. Pero ninguna quería salir con él. Aún no era un hombre.

—Bueno, es tu última oportunidad. O le das fuerte o eres un marica, para siempre.

Los morros del lechero estaban llenos de sangre a medio secar. Tenía la ropa hecha pedazos. Le sujetaban los brazos y las piernas, exponiendo su rostro y su vientre desprotegidos para el inminente castigo.

Al chaval que debía golpearle le daba pena. Y una cierta vergüenza. Todas las mañanas iba a la lechería a comprar los bollos del desayuno y un litro de leche. Y veía a la madre, que con frecuencia le regalaba algún caramelo, lo que no dejaba de humillarle un poco, a su edad. Y el hijo, a veces, ayudaba a despachar. Una vez le había visto escupir en su lechera, pero no se había atrevido a decir nada. Ese día no desayunó.

—Si me tocas, cuando te pille a solas te mato. Te lo juro.

Había puesto una voz ronca, para disimular el llanto. Fue un error decirlo. Ahora sí que no le dejaba otra salida. Porque la fama de blandengue ya la tenía y no se la iba a quitar nadie, hiciese lo que hiciese. Pero ahora le llamarían cobarde si no respondía. Miedica. Arrugao. Cagao. Lo vio en la cara de las chicas. Estaban juntas en un grupito, apoyadas en el antepecho de lo que habría sido una ventana de haberse terminado la obra, riéndose, mirándole. Pensó que se reían de él. Para ocultar su rubor, dio el primer golpe. En el estómago, no demasiado fuerte, pero se hizo daño con la hebilla del cinturón, una hebilla ancha de lata que representaba la cabeza de un indio. El lechero, envalentonado por los remilgos evidentes del otro, insistió en su error.

—Tío, hazlo otra vez y te meto un palo por el culo.

*El siguiente golpe le estalló al lechero sobre la oreja, produciéndole mareos, ganas de vomitar. Notó que le soltaban los brazos, pero fue incapaz de defenderse. Su cuerpo no le respondía; si no hubiese apoyado la espalda contra la pared, se habría derrumbado. Pero aguantó aún un rato a pie firme. El otro golpeaba ya sin inhibiciones, descargando en él toda la rabia que en realidad estaba dirigida a sus compañeros de banda, a la mirada algo maternal de las chicas. ¿Conque marica, eh? ¿Conque cagao? Le golpeaba con furia ciega, donde cayera, con pies y manos, a veces raspándose los nudillos contra la pared. La sangre volvía a fluir fresca de la nariz y la boca del lechero, al que los golpes parecían sostener en pie. Por fin cayó, llamando a su madre entre estertores. Pero el otro siguió pateándole con lágrimas en los ojos, ¿conque marica, eh?, hasta que las voces de los demás lo sacaron de su trance.*

—Estás loco, tío. Te lo vas a cargar.

*Vio el temor en sus caras. La cosa se había puesto seria. Los miró sonriendo. Las lágrimas no lo cegaban hasta el punto de impedirle distinguir sus expresiones atemorizadas. Eran unos cobardes. Tanto dar voces y alardear pero se acojonaban como el que más. Se sintió por encima de ellos; no simplemente aparte, en otro mundo, como de costumbre, sino verdaderamente por encima, mirando al lechero desde una altura diferente. Sabía que los otros no lo reconocerían nunca, que seguirían llamándole blandengue y que él no podría recordarles ese breve*

*momento en que él era el más fuerte, el que tiraba la piedra más lejos, el que más distancia buceaba, el que se atrevía a levantar las faldas a la chica mayor que pasaba por ahí, el único que era capaz de llevar hasta el final lo que otros habían empezado. Dio otra patada sin bajar la vista hacia ese temblor hecho un ovillo que yacía a sus pies. Golpeó mirándoles a ellos, sus jetas asustadas.*

*—Macho, estás loco.*

*Se dieron la vuelta. Lo dejaron allí, junto a su víctima. Responsable de ella. Le impresionó el gesto horrorizado en el rostro de las chicas. Se alegró de que se fuesen, de que lo dejaran a solas con aquel montón palpitante.)*

—Venga, contéstame. ¿Eres maricón?

—No, no señor. No lo soy.

—¿Por qué dudas entonces? ¿Por qué no respondes inmediatamente? No. Punto. Basta.

El joven se encogió de hombros. Sonrió. Tenía una de esas sonrisas que no significan nada, que sólo sirven para rellenar un hueco en la expresión.

—Además —continuó el anciano— en el fondo da igual. La hombría no tiene nada que ver con el sexo. Ésa es la mentira que más éxito ha tenido en la historia. ¿De qué sirve ser capaz de hacer el amor cuatro veces seguidas? De nada. Les sirve a las mujeres, a su entrepierna voraz. Pero los hombres son tontos, se dejan engañar por la adulación de las hembras y siguen

haciéndoles el amor hasta que se les pone en carne viva, lo mismo les da. Lo importante para ellos no es disfrutar, sino que los miren con admiración. Basta con que una hembra les ponga ojos de arrobo para que se hinchen de placer —ellos y sus penes ridículos— y olviden lo más importante. Ven, vamos al balcón.

La mansión de Don Alessandro estaba situada en el Viale della Libertá, al lado del Giardino Inglese. Había pertenecido a una familia aristocrática muy conocida en Palermo que, después de una racha de mala suerte inexplicable que la llevó a la ruina en cuestión de meses, vendió la casa con sus muebles a un tal Don Alessandro Galatolo, pequeño terrateniente cuyo nombre pocos habían oído por aquel entonces. Era sabido que el recién llegado pagó un precio casi razonable, sin aprovecharse, o aprovechándose muy poco, de los apuros de la antaño poderosa familia.

—¿Sabes por qué compré esta casa? —preguntó Don Alessandro—. A lo mejor piensas que por heredar una reliquia de la aristocracia local. Pues no. No soy de esos a los que se les hace el culo gaseosa en cuanto les imponen una orden o les conceden un título. No, yo no —dijo sacudiendo la cabeza, evidentemente satisfecho consigo mismo—. A mí las antiguallas rancias que han almacenado estos gandules me dejan indiferente. Si la compré es por las vistas del puerto que se disfrutaban desde el balcón. No hay nada más hermoso que un puerto. Mucho más que una bahía desierta. ¿Sabes por qué? —Don Alessandro no aguardó la respuesta—. Porque en el puerto se

realiza una actividad que da sentido al lugar. La naturaleza, en sí, no significa nada. Montones de tierra, de agua, de ramajos y materia putrefacta. No hay nada hermoso en la naturaleza, nada. Sólo cuando el hombre la ordena, cuando el mar se convierte en vía de comunicación, cuando el oleaje es un obstáculo a vencer y la tormenta algo que deben afrontar los hombres para llegar a su objetivo, sí, Luigi, sólo entonces cobra la naturaleza dramatismo, y su furia adquiere significado. Porque tú me dirás qué significado o dramatismo puede tener el agua cayendo sobre un montón de árboles, cuando todo es casual, innecesario. A quién le importa lo que suceda en ese batiburrillo de seres sin voluntad ni pensamiento. Cuando se extinguen los dinosaurios se expanden los mamíferos, a los bosques muertos les suceden estepas, pero qué más da, todo es naturaleza, todo es materia sin ordenar... Quizá te estoy aburriendo con mis reflexiones de anciano.

El joven ya se apresuraba a negar con la cabeza, pero no le dio tiempo a hablar.

—¿Has desayunado? —Tampoco esta vez aguardó Don Alessandro una respuesta—. Aurelia, pon el desayuno en el balcón.

Don Alessandro calló unos instantes. Se le notaba que aún estaba dándole vueltas a algo, que no había terminado su perorata. El joven esperó, con la mirada dirigida hacia el puerto, hasta que la voz hosca de Don Alessandro volvió a exigir su atención.

—La mayoría de los hombres no se comportan como hombres, sino como verracos. ¿Sabes dónde reside la hombría? Te lo voy a decir: en el cerebro. Ahí es donde se diferencian los impotentes de los hombres de verdad. El verdadero pene no es ese colgajo fatuo que se empina para parecer mayor y luego se somete a los deseos pegajosos de su oponente. No, la verga del hombre está en la cabeza. Cógemela —ordenó de pronto, abriéndose la bragueta.

El joven titubeó, se ruborizó, pero no se atrevió a decir abiertamente que no. Sabía con quién estaba hablando. Y lo que le costaría una ofensa.

—Venga, no seas tonto, cógeme la polla; es un trozo de carne como otro cualquiera. Cógemela como si me estrechas la mano —le insistió, sosteniéndola él mismo en la palma abierta.

El joven la empuñó sin saber qué hacer, blandamente.

—Hazme una paja; no te preocupes, nadie está mirando. Las apariencias están a salvo.

El joven comenzó a dar suaves tirones del pene del anciano sin saber hacia dónde mirar. El viejo lo había llamado para hablar con él, para proponerle un trabajo. Pero iba a sodomizarlo. Seguro que era un pervertido. Extrañamente, no parecía que la masturbación surtiese efecto. El pene no cobraba vida, se dejaba arrugar y estirar sin ofrecer resistencia, como una tira de lomo de cerdo.

—¿Qué pasa? ¿Te sorprende algo? ¡Aurelia, Aurelia!

Una mujer a la que un traje de seda muy ajustado no acababa de quitar el aspecto pueblerino entró al salón llevando la bandeja con el desayuno.

—Deja eso; cógeme el pene.

Aurelia obedeció sin mostrar sorpresa. Depositó la bandeja sobre la mesita de mármol y hierro forjado que había en el balcón. Se arrodilló junto a los pies del anciano. Tomó su pene y movió la mano adelante y atrás mientras sonreía algo ausente. No hubo cambio alguno; el pene mantuvo su flaccidez.

—¿Ves? No pasa nada. Mi picha no obedece órdenes de nadie. Alguno diría que soy impotente. ¿A ti qué te parece? ¿Soy impotente?

Aurelia acentuó su sonrisa. Le guardó el pene en la bragueta, subió la cremallera, ordenó un poco la camisa que se había salido del pantalón, dio al anciano un beso en la frente y salió. Lo había hecho todo con la naturalidad algo solícita de quien, antes de recibir visita, coloca flores en un jarrón.

—No, no lo soy. Soy una de las personas más poderosas de la isla. Controlo buena parte de las licitaciones de obras públicas, la venta de solares, varios supermercados, y otros ramos menos visibles. Todos se inclinan a mi paso; sí, esos hombrecillos de penes erectos se doblan al verme. Y a las mujeres les corre el líquido entre las piernas imaginando meterse conmigo en la cama. No hay nada más atractivo que el poder. El cerebro, muchacho, el pensamiento, frío, eficaz, sin interferencias de los sentimientos ni de los instintos. El cerebro es nuestra arma. ¿Lo

entiendes? Y tú tienes cerebro. Tú eres un hombre de verdad. No un matasiete de garito. Como ésos hay miles en Palermo. Podrían llenarse piscinas enteras con el esperma improductivo que vierten. A mi lado no quiero hombres con cojones, quiero hombres con cabeza. Los otros son para los trabajos pesados, como los bueyes. ¿Qué paradoja, eh? ¡Aurelia! ¡Aurelia! Pon música. Algo de Vivaldi. ¿Te gusta Vivaldi?

—Sí, me gusta mucho.

—Vivaldi, Haendel; son como el zumo de naranja y el huevo pasado por agua: un ingrediente más de un buen desayuno. Sólo hay un par de músicos que son un manjar por sí mismos. Beethoven es uno. No se puede hacer otra cosa mientras se le escucha. En todo caso beber un buen vino, un tinto espeso.

»¿Sabes por qué te he llamado?

—No, Don Alessandro. Bueno, sí: para ofrecerte un trabajo.

El viejo se incorporó, se acercó a la barandilla y se quedó contemplando un barco de pabellón griego que estaba virando para salir del puerto. Gustaba de hacer largos silencios; las pausas daban a la conversación un peso particular, un significado más profundo a cada una de sus afirmaciones. La autoridad de los poderosos se encuentra en lo que callan.

Hizo un gesto al joven, que se acercó apresuradamente. Le pasó un brazo por encima de los hombros. El joven sintió el contacto sobre su espalda como una prueba de confianza. Era como decirle que era digno de servir de apoyo al gran Don Alessandro. Luigi también se quedó mirando el buque griego.

No le agradaban los barcos. En realidad no le agradaba ningún medio de locomoción del que no pudiese apearse rápidamente en caso de un ataque de asma. El tren era el único transporte público de largo recorrido en el que podía montar sin comenzar a asfixiarse de inmediato. Aguardó sin apremios a que Don Alessandro continuase la conversación.

—Yo conocí a tu madre. Antes de que tú nacieras. ¿Lo sabías? Antes también de que se mudase a Palermo. Ella vivía aún con sus padres en una finca arrendada a mi familia. Yo la conocía de vista: uno no olvida rápidamente a tu madre después de haberla visto una vez. Y entonces aún menos. ¿Qué podía tener, dieciocho años? Una tarde que había andado cazando por allí, paré un momento a beber un vaso de agua. Fue tu madre quien me lo sirvió. ¿Sabes lo que hizo? Cuando nadie nos escuchaba, me pidió que le diese un empleo en la ciudad. Me dijo que no soportaba el campo. Don Alessandro, por favor, cualquier cosa con tal de que sea en Palermo. Me acuerdo que tenía lágrimas en los ojos al suplicarme el favor. Ja, ja. Nadie hubiese podido negarse al ver esa carita de niña con los ojos inundados de esperanza. ¿Te sorprende lo que te cuento?

—Nunca me lo había dicho.

—Tu madre es una mujer discreta. Incluso a los dieciocho lo era ya.

Don Alessandro lo condujo hacia el interior llevándole por el brazo, en un gesto que al joven comenzaba a parecerle excesivamente paternal. Se sentaron en un sofá de cuero. Un nuevo

silencio durante el cual Don Alessandro pareció entregarse a algún recuerdo muy lejano. Aurelia recogió la bandeja de la terraza y sonrió al joven al pasar ante él. Don Alessandro aguardó a que Aurelia saliese del salón para continuar la narración.

—Así que me la traje a Palermo. Yo acababa de introducirme en el mundo de los negocios. Y de la política. Ya habían pasado los tiempos en que una familia como la mía podía quedarse en el campo y seguir obteniendo el respeto de los demás. No, eso ya no era posible. Había que comprar terrenos, especular con bienes inmuebles, contribuir al crecimiento de Palermo, Siracusa, Agrigento. Fue el final de una época feliz en la que cada uno sabía cuál era su sitio, dónde tenía sus raíces, cuál era su papel. Fueron años duros. Hubo que luchar. Cualquiera advenedizo con un poco de dinero en el bolsillo abría una agencia inmobiliaria y se ponía un don ante el nombre. Una gentuza a la que daba igual que el orden de la sociedad se descompusiera si ellos podían llenar sus arcas y alquilar cuatro matones a sueldo para pasearse con ellos por las calles de la ciudad. Sí, hubo que luchar duro para que las tradiciones de nuestra isla no se perdieran. Como la tierra ya no podía sostener la autoridad, nos vimos obligados a meternos en política, para que por lo menos nuestros gobernantes fuesen gente respetuosa, gente de orden. Bueno, todo eso es ya historia antigua.

—¿Y qué pasó después con mi madre?

Don Alessandro frunció el ceño. El joven pensó que quizá no debiera haber hecho esa pregunta, pues delataba que la explica-

ción sobre las peripecias de una clase dominante para mantenerse en el poder no le habían interesado en exceso.

—¿Cómo que qué pasó? ¿Qué quieres decir?

El joven tomó aire muy despacio. Se hubiese muerto de vergüenza si le hubiese dado un ataque de asma ante Don Alessandro. Y sabía que el asma le acometía sobre todo cuando sentía miedo o inseguridad.

—Quiero decir, bueno, que en qué trabajó mi madre. No sé, ella no me contaba nunca nada de ese tiempo. Sólo de cuando aún estaba en el campo. De los animales, de su padre, del vareo de aceitunas. Pero de Palermo...

Don Alessandro sonrió. Dio al joven una palmada en la espalda.

—Trabajó para mí. Por eso nunca te ha dicho nada. No, no te extrañe. Se lo advertí el primer día: Ana, de lo que oigas en mi casa te olvidas inmediatamente. Mejor aún, ni siquiera lo oigas. Tu madre era una mujer lista; se limitó a decir sí, Don Alessandro. Nada más. Ni una pregunta. No hizo falta que se lo repitiese. Comprendió que eran tiempos duros y que estábamos librando una guerra contra maleantes y comunistas. Jamás la sorprendí en una indiscreción. Y te aseguro que mis antenas son muy largas. ¿Hay algo más que quieras saber?

Es una prueba, pensó el joven, como las sufridas por esos aborígenes que se someten a torturas indecibles sin emitir una queja para demostrar que han alcanzado la hombría. Les cortan el prepucio con un cuchillo curvo de obsidiana, les tatúan los

párpados con punzones al rojo, les atraviesan las yemas de los dedos con anzuelos, y ni una sola palabra se hace eco del dolor, ni un gemido por el que se escape el miedo contenido en los ojos. La virilidad se mide por la longitud de los silencios. Es una verdad que había aprendido en los cines de barrio: Humphrey Bogart, en *Casablanca*, no va por ahí recitando a desconocidos la tibia letanía de su despecho, sino que ahoga en humo y alcohol esa verborrea indigna. Clint Eastwood se deja echar la horca al cuello sin pronunciar una maldición ni un ruego, al contrario: escupe su silencio a la masa vociferante que se arremolina junto al cadalso como una bandada de gallinas. Y el héroe americano de la Segunda Guerra Mundial mantiene los labios cerrados a pesar de los suplicios refinados a que lo someten los demonios amarillos, no tanto por no poner en peligro a sus compañeros con las revelaciones que podrían arrancarle, como para no dejar escapar una sola palabra que acaso permitiese entreoír un matiz de duda, arrojar alguna sombra sobre su hombría sin tacha. Y de paso avergüenza a sus torturadores, los feminiza, obligados ellos mismos a hablar, a chillarle, a hacer preguntas, como una mujer celosa que asedia al marido a su regreso a casa. Una mirada, un rictus casi imperceptible, o, mejor aún, la ausencia absoluta de expresión constituyen el lenguaje sin fisuras de los hombres auténticos.

—No, Don Alessandro. Nada más.

Durante el desayuno Don Alessandro le ofreció trabajar para él. El joven se apresuró a aceptar, aunque todavía no le había dicho en qué consistiría el empleo, ni lo que esperaba exactamente de él, pero eso era lo de menos. Lo primero era formar parte de su empresa, después las cosas vendrían solas. Nada más salir de la escuela de contabilidad ya había obtenido un empleo en condiciones. Mientras, sus vecinos se arrastraban de bar en bar, jugaban al billar, hacían alguna chapuza de albañilería o descerrajaban la caja registradora del frutero. Eran unos desgraciados, unos gallitos sin cerebro, como acababa de decir Don Alessandro. A él le esperaba un futuro diferente. Una casa en condiciones, sin ese insoportable olor a col hervida que impregnaba las viviendas de sus amigos. Con papel pintado en las paredes. Colchón de muelles en la cama. Quizá con escalera de mármol y un pasamanos de hierro forjado. Y una mujer limpia, con la dentadura sana. Que lleve permanente. Y que no se ría a carcajadas. Una mujer que se limite a sonreír, como Aurelia. Don Alessandro lo aprecia, espera mucho de él. Y él no va a decepcionarle. Sabe, por supuesto, lo que se comenta de Don Alessandro. Pero qué más da. Casi todos los poderosos de la isla están relacionados de una u otra manera con la mafia, que es el generador de empleo más importante de Sicilia. Sin la mafia, la gente se moriría de hambre.

El joven, mientras Don Alessandro parecía escuchar un concierto para dos mandolinas —Vivaldi—, consideró que era un

hombre verdaderamente afortunado. Don Alessandro lo quería junto a sí —al alcance de su voz, había dicho—, de manera que pudiese utilizarlo cuando le necesitara. No le había dado detalles del cometido. Quizá le quería emplear de intérprete para sus negocios con extranjeros. Por eso le había recalcado la importancia de la discreción. El joven sabía aceptablemente bien inglés y español. Los aprendió en una academia nocturna de idiomas, más por insistencia de su madre que por iniciativa propia; porque a ella los idiomas le parecían la clave para escapar de esa isla a la que acostumbra a referirse como si se tratase de una cárcel, como si la vida auténtica sólo pudiese encontrarse lejos de allí. Ella misma había comenzado a estudiar el bachillerato al llegar a Palermo, con la vaga esperanza de que el conocimiento pudiese ayudarle a abrir las puertas de la prisión. Pero no había conseguido la fuga. Porque no sabía idiomas. Y porque era mujer. Sobre todo por esto último. Pero su hijo sí podría conseguirlo. Y sólo la posibilidad de que él se alejara algún día de Sicilia parecía consolarla de su propio encierro. Como tantas madres, se empeñaba en ver en la historia de su hijo una continuación de la propia, una oportunidad de corregir en otro los errores cometidos y ya irreparables para ella misma.

El joven pensó que sí, que él sí saldría un día de Sicilia, que su futuro sin límites no podía circunscribirse a un territorio tan limitado.

—¿En qué piensas?

El viejo preguntó de manera agresiva, como si nadie tuviese derecho a mantener algo fuera de su control. Por eso el joven se

esforzó en ser sincero, en evitar que Don Alessandro pudiese imaginar que le ocultaba algo.

—Pensaba en el futuro, Don Alessandro. En mi futuro.

—Está en tus manos, muchacho. Y en las mías.

Don Alessandro asintió con la cabeza, mientras se limpiaba los labios con una servilleta de hilo que llevaba sus iniciales bordadas en oro. El joven también asintió, aunque lo que hubiera querido era salir a la calle a dar gritos de alegría. Se contuvo, como de costumbre. Eso era lo que tanto apreciaba en él Don Alessandro.

DESPACIO. AHORA, CON EL NUEVO ROSTRO, ya no hace falta correr. Lo vuelven a llevar a un aeropuerto. Ni siquiera le interesa saber cuál es. Lo importante es que no se encuentra en Italia. Acompañado con discreción de dos policías vestidos de paisano, por si acaso. Se sienta entre ambos en el avión. Más Valium. Sin soltar tampoco el inhalador, aunque ya respira mejor, como si su nueva identidad comenzase a liberarlo de los miedos del pasado. ¿Conseguirá también desembarazarse de los recuerdos? Sin ellos sería definitivamente otra persona. Bruno no tendría con Luigi más que un parecido casual, como con tantos otros. Sin historia cada acto es nuevo, puro. Un nazi con Alzheimer, ¿es un nazi? Sin memoria la culpa no existe.

Mira, inclinándose hacia la ventanilla, el centón tendido sobre el relieve, hecho de retales rojizos, ocre, amarillentos. Un paisaje no tan distinto de aquel otro en el que no quiere pensar. El avión ha comenzado a descender, la azafata le recuerda que ponga el respaldo en posición vertical, y Bruno se alegra de que alguien le dirija la palabra, una desconocida, alguien que no sabe quién fue.

Llega, finalmente, a la ciudad que será su refugio: Madrid. Ha comenzado a llover, pero no importa. Le resulta tan fácil respirar ahora. Los policías lo acompañan hasta pasar la aduana, luego le dan las últimas instrucciones. Se queda solo. Libre. Sin amenazas. Toma un taxi hasta el centro, aunque le han dicho que hay un autobús, porque prefiere no compartir con nadie esos primeros momentos; la ciudad le resulta más limpia que Palermo, los edificios más altos, la gente mejor vestida, pero ¿por qué continúa con las comparaciones? El coche se detiene y el taxista se baja a sacar las maletas; las deja en el suelo y le pide un precio excesivo. Bruno le paga de menos; el taxista coge el dinero con malos modos, murmura algún insulto pero cuando Bruno se va hacia la matrícula y hace ademán de aprendérsela, el taxista monta en el coche y se marcha pegando un acelerón. No está mal eso de vivir sin miedo. Bruno corre escaleras arriba cargado con el equipaje, riéndose solo, dando resoplidos y tropezones. Deja caer las maletas delante de la puerta. Comprueba que es la suya. Cuando la abre casi se le saltan las lágrimas: esa habitación que ve le pertenece, y no se la debe a nadie; ha pagado por ella mucho más de lo que vale. Y tampoco debe a nadie el local que le han comprado en la calle Huertas; mañana irá a verlo. ¿Qué más necesita? Nada. Mete la ropa en un armario empotrado. En cuanto pueda comprará ropa nueva. Y un aparato de música. Empieza a amueblar mentalmente cada uno de los cuartos. Se alegra de que sólo haya en el apartamento lo imprescindible: una cama, una mesa, un par de sillas.

Desde la ventana ve una calle empinada, una cuesta que a partir de ahora subirá y bajará todos los días.

Se sienta en el suelo. Debería comprar algo de comer. O podría echar ya un vistazo al local. O recorrer el barrio para irse familiarizando con él. Se le ocurren montones de cosas que podría hacer, pero se queda sentado, disfrutando de su incapacidad para decidirse. Tiene la vida por delante. El mundo, por fin, una oferta en lugar de una orden.



—LOS NÚMEROS SON PUROS, NO TIENEN SEXO. No hay nada que los prive de su transparencia. Ni una mancha. ¿Qué pone ahí? 3.625. Perfecto. Sin pecado original, ni sangre, ni barro, ni olor, ni siquiera el brillo del dinero. Los números tienen algo de angélico, algo de otro mundo al que los mortales no podemos acceder.

Don Alessandro hizo una pausa para acabar de encender el puro. Dio las primeras caladas ausente, a sabiendas de que cuando regresase de sus cavilaciones el hombre sentado al otro lado del escritorio aún estaría aguardándole cortésmente, sin atreverse siquiera a apremiarle con un carraspeo.

—Por eso envidio tu trabajo, Luigi. Es un trabajo de asceta. Mírame, Luigi. Mira al poderoso Don Alessandro. Mira el cuello de mi camisa, sin mácula, almidonado. Mira los puños. Blancos, impolutos. Me cambio de camisa dos veces al día. No, no por presunción. También me mudo de calzoncillos dos veces al día, aunque sé que nadie va a verlos. Es por la mugre, por la suciedad que se le adhiere a uno, a cada pliegue de la ropa, de la piel. La suciedad flotando en el aliento del empresario de medio pelo

que ha venido a pedir que use mi influencia para la concesión de una contrata. Es el servilismo pegado a la sonrisa del párroco que me da la mano y comienza a hablarme de los costes de la reparación del tejado de la iglesia, «la casa de Dios, Don Alessandro, no podemos dejar que se hunda la casa del Señor».

»Por eso todo brilla en mi casa. ¿Has visto alguna vez baldosas más limpias? No soy un hombre vanidoso, Luigi. El oro que ves no lo tengo por presunción, sino porque a veces necesito posar la vista en algo limpio, en algo que no se pueda empañar. La vida es un estercolero. Pero tú habitas en un paraíso infinito. Tú no tienes que ir a lavarte las manos a cada rato para liberarlas del polvo de la vida. Tus manos sólo tocan números, tu cabeza está llena de cifras sin pecado, de operaciones que sólo viven en tus libros. Por eso es mejor que no pienses en nada más que en los cálculos que estás realizando. Hazme caso, Luigi, nunca te pares a elucubrar sobre qué se esconde tras las cifras, no escuches a quien te diga que hay que saber si son peras o manzanas, porque entonces estarás abriendo la puerta a toda la porquería de la ciudad. Deja al pobre Don Alessandro que se enfrente a tanta roña, yo ya estoy acostumbrado. Sigue tú contando números como diamantes pulidos, manténte puro, fiel a tu tarea.

Don Alessandro hizo una nueva pausa durante la cual cerró los ojos y sacudió lentamente la cabeza con pesar. Después, posó otra vez la mirada sobre su interlocutor.

—Te envidio Luigi, de verdad. A veces me gustaría ser yo el contable, sin más responsabilidad que hacer que los números

cuadren, precisamente cuando uno sabe que los números cuadran siempre, que sólo un error humano, la vida, puede interferir en su orden absoluto. ¿Sabes lo que pienso? Que las matemáticas son la forma más elevada de filosofía. El resto es verborrea, opiniones vertidas para ser refutadas unos años más tarde cuando la moda cambie. Si leo a los filósofos es para saber cómo piensan los seres humanos, pero el cálculo de probabilidades o el álgebra dicen mucho más sobre la vida que todas las teorías sobre la verdad, Dios, o el conocimiento. Aparte de las matemáticas todo es torpe indagación, adivinanza artificiosa. Yo amo los números Luigi. Habrá quien me tache de inculto por despreciar otras manifestaciones de la inteligencia humana, como la literatura o la pintura, esos estúpidos pasatiempos para cerebros reblandecidos, pero, sinceramente, dime qué hay en un cuadro. ¿Qué gran verdad reflejan esas manchas de pigmento derrochadas sobre el lienzo por un parásito? Sólo una opinión, una manera personal de ver las cosas, el pobre remedo de aquello que el imbécil considera hermoso. ¿Y a quién le importa lo que un saco de excrementos encuentre bello? ¿Qué aporta a alguien con dos dedos de frente esa nauseabunda reiteración de atardeceres, prados y cuerpos desnudos? Yo te lo diré: nada. Ésa es la verdad. Sólo la arquitectura y la música ofrecen algo hermoso: lo que le roban a las matemáticas. La belleza de una sinfonía no está en las emociones que pueda transmitir. ¿Emociones? ¡Idioteces! Es el orden lo que nos seduce, el reparto equilibrado, preciso, de las notas en el tiempo.

»Quizá te sorprenda, Luigi, pero yo soy una persona creyente. Creo en Dios con la misma fe racional con que los masones creen en el Supremo Arquitecto. Por supuesto, ya me conoces, mi Dios no es el de los desvalidos, las viejas lacrimosas o los moribundos que rezan con el único y egoísta objetivo de que alguien les regale aquello que no se atreven a conquistar. Yo soy demasiado humilde para rezar. ¿Por qué se iba a interesar el Ser Supremo por una lombriz, por un cerdo, por una hiena, por un ser humano? Mi Dios es el Ser que impone orden en el caos, el que separa el día de la noche, el cielo de la tierra. Y yo le imito en la medida de mis posibilidades. Por eso, para cumplir con mis deberes, me veo obligado a hundir las manos en el barro y la mierda.

»En fin, cada cual con su destino —suspiró Don Alessandro—. El mío, ya ves, es mancharme. Pero tú, Luigi, escucha bien mi consejo, procura no ensuciarte jamás.

Don Alessandro asintió largamente con la cabeza, después de lo cual hizo un gesto inequívoco con la mano. Luigi cerró el libro de lomo rojo que había estado abierto sobre el escritorio durante el soliloquio, lo puso sobre otros dos libros del mismo tamaño y color y salió del despacho con ellos bajo el brazo.

—Adiós, Don Alessandro —dijo en voz no muy alta, para no distraerle de sus reflexiones, antes de cerrar la puerta tras de sí. Al devolver los libros a su estante se dio cuenta de que sobre las cubiertas había quedado una mancha oscura. Se secó las manos con un pañuelo que extrajo de un bolsillo de la americana.

Luego utilizó el inhalador contra el asma. A medida que se regularizaba el flujo de aire que llegaba a sus pulmones se iba disipando el temor a la muerte. El asma siempre llegaba acompañada de ataques de pánico. Pero Luigi había aprendido a contenerse, incluso a actuar en los peores momentos de manera más pausada de lo habitual. Don Alessandro aún no lo había notado.